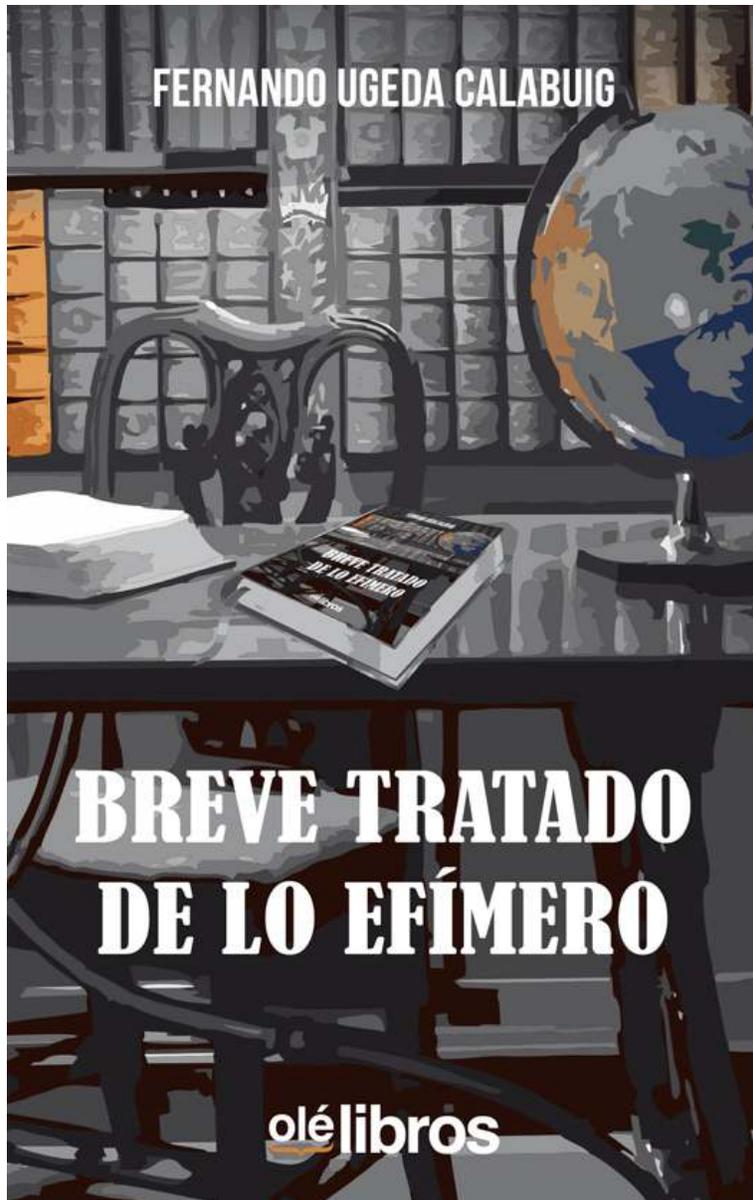


FERNANDO UGEDA CALABUIG



# BREVE TRATADO DE LO EFÍMERO

 **olélibros**



BREVE TRATADO  
DE LO EFÍMERO

Fernando Ugeda Calabuig

**olélibros**

## BREVE TRATADO DE LO EFÍMERO

© Fernando Ugeda Calabuig

© Diseño de portada e ilustraciones: Vicente Ugeda Calabuig

© de esta edición: Olé Libros, 2020

ISBN: 978-84-18208-29-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Las solicitudes para la obtención de dicha autorización total o parcial deben dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos).

KALOSINI, S. L.

Grupo editorial Olé Libros

[equipo@olelibros.com](mailto:equipo@olelibros.com)

[www.olelibros.com](http://www.olelibros.com)

*A mi Lola guapa  
Ayer, ahora y siempre.*

# Infinita malicia



Obra ganadora XXVII Certamen Literario  
"Villa de Almoradí"



Rudolf se anudó la pajarita mirándose al espejo y se atusó el flequillo abusando de un gesto coqueto. Le gustaba vestirse para la cena, formaba parte de su refinamiento y no le importaba que su puesta en escena careciera de espectadores que a la postre elogiaran su prestancia. Él se consideraba un privilegiado espectador de sí mismo, el Petronio del siglo XX, un pretencioso árbitro de la elegancia que, a diferencia del marsellés, contaba por fracasos sus intentos de imponer modas reñidas con el buen gusto. Rudolf tomó el pulverizador que descansaba sobre la cómoda, presionó un par de veces la pera de goma y se roció de Lieber Gustav. Le encantaba el aroma que desplegaba en el aire la fragancia que contenía lavanda, té, cuero y notas amaderadas. Miró su reloj de pulsera, llegaba tarde, algo impropio de él. Cerró la puerta de su dormitorio, bajó las escaleras con celeridad y apareció en el salón haciendo gala de una energía envidiable. Sylwia aguardaba sentada a un extremo de la larga mesa de cerezo. Lucía un vestido azul marino con escote corazón y cubría sus hombros con un bolero de encaje de idéntico color. A pesar de su extrema delgadez, su rostro demacrado no había conseguido apagar el intenso azul de sus ojos. Su cabeza se hallaba escasamente poblada por un cabello ralo que parecía brotar en completa anarquía y que, a juzgar por su aspecto, daba a entender que había olvidado la espesura y el brillo dorado de antaño.

—Lo lamento, querida; soy consciente de que no puedo excusar mi retraso—  
—Rudolf se dirigió hacia ella demandando indulgencia con los brazos extendidos. Se detuvo al llegar a su altura y compuso un gesto de sorpresa—.  
¡Dios santo, estás preciosa con este vestido!

Sylwia se puso en pie cabizbaja y barrió el suelo con la mirada. Rudolf le apoyó su dedo índice bajo la barbilla y le levantó la cabeza con lentitud.

—¿Sabrás perdonar mi tardanza?

—No hay nada que perdonar—susurró Sylwia sin convicción.

—Tú siempre tan benevolente—Rudolf le depositó un beso en la frente—.  
Cenemos, querida; traigo un apetito tan voraz que presumo que no seré capaz de saciarlo.

A grandes zancadas Rudolf alcanzó el otro extremo de la mesa. A un gesto suyo, la sirvienta, con uniforme y cofia, sirvió la sopa, que fue seguida de chuletas de cerdo ahumadas.

—Dicen que Cracovia está preciosa en esta época del año, ¿te apetece que vayamos cuando mejore tu estado?—Preguntó Rudolf mientras pellizcaba una rebanada de pan dulce de Kassel.

—¿Lo dice en serio? —Sylwia, desconcertada, formuló la pregunta frunciendo el entrecejo.

—Querida, si no me tuteas dará la sensación de que somos dos extraños. ¿Acaso te apetece que te corteje de nuevo, que te enamore de nuevo? Lo haré si ese es tu deseo.

—Lo siento, Rudolf; no sé en qué estaba pensando —masculló un tanto contrariada.

—Olvidalo, cariño; aunque si te soy sincero, últimamente me inquietan tus continuos deslices. Por supuesto achaco dichas distracciones a la medicación, por lo que doy por sentado que tu mente recuperará su vigor en breve. No imagino mejor noticia. Brindemos por ello.

Rudolf levantó su copa y Sylwia lo imitó al instante. Ambos saborearon un Schloss Johannisberg de 1920, riesling por el que Rudolf sentía debilidad.

—Convendrás conmigo en que el vino es uno de los mejores regalos con que nos obsequia la madre naturaleza —soltó ufano tras beber un generoso sorbo que lo transportó a la región del Rin.

—Sería una estúpida si te llevara la contraria, ¿verdad, querido? —el retintín de la frase tensó las facciones de Rudolf.

—La ironía es un reflejo de la inteligencia —sonrió retomando su tono afable—. Realmente me siento un hombre afortunado.

—Gracias, eres muy amable, además de adulador —la frase desprendió el clásico tufillo que caracteriza al sarcasmo.

—Te juro que no sé qué haría sin ti.

Sylwia bajó la cabeza y no la levantó hasta que la sirvienta le retiró el postre.

—Ni siquiera has probado la tarta de manzana —le dijo Rudolf con semblante preocupado.

—Estoy llena —Sylwia esbozó una débil sonrisa.

—Querida, ¿te ocurre algo? Te siento distante.

—Discúlpame, esta noche no estoy demasiado comunicativa. Quizá sea a causa del cansancio.

—Estás excusada —asintió bosquejando un guiño comprensivo—. Ven, subamos al dormitorio.

Nada más entrar en el aposento Rudolf abrazó a Sylwia por la espalda y la besó en el cuello.

—Permíteme amarte esta noche con el pudor de la primera vez, con la pasión que aviva el deseo de los amantes primerizos —le susurró al oído.

—No sé si podré... —Sylwia vaciló con un mohín casi infantil.

—¿Y si el azar nos condenara a morir mañana?... Que al menos en la memoria de nuestros huesos permanezca indeleble el dulce recuerdo de esta noche en la que, despojados de disfraces y artificios, nuestros cuerpos desnudos se fundieron en un solo ser desprovisto de trabas mundanas.

Rudolf deslizó sus manos por los hombros de Sylwia, le quitó el bolero y le bajó la cremallera del vestido. Al cabo de unos segundos el elegante atuendo se ovilló en el suelo dejando a la vista un cuerpo desnudo de mujer. En un acto reflejo Sylwia cruzó los brazos sobre el pecho mientras Rudolf la rodeó hasta situarse frente a ella. Sylwia intentó decir algo, buscar un argumento que le sirviera de evasiva; pero Rudolf abortó dicho conato sellándole con un dedo los labios.

—Por favor, no digas nada. Posterguemos reveses y pesares, saboreemos el esquivo presente que pronto se escabullirá de nuestras manos.

Rudolf tomó a Sylwia en brazos y la llevó hasta el tálamo. Depositó sobre la colcha el cuerpo descarnado y lo descalzó con lentitud, no fuera un gesto apresurado a ahuyentar al asustadizo germen del amor. Rudolf se fue desnudando con la misma parsimonia con que se había manejado hasta entonces, como si en dicha conducta morosa residiera buena parte del placer. Una vez desnudo se tumbó sobre Sylwia y la besó en los labios.

—Jamás serás más bella que ahora —musitó.

Rudolf se adentró en los dominios de Sylwia con un fervor que fue cobrando fuerza a medida que las oleadas de placer erizaban su cuerpo. Indiferente al acto sexual que en teoría debía procurarle gozo, Sylwia clavó la mirada en la lámpara del techo, una araña de latón con tulipas de cristal. Sin embargo, su aparente apatía fue desmentida al momento por unas lágrimas insurrectas que brotaron prestas de sus ojos y resbalaron mejilla abajo en busca de las finas comisuras de los labios. Su mente, por el contrario, trató de fugarse de allí rememorando alegres pasajes de antaño. En realidad su vida había sido idílica hasta hacía poco más de un año, cuando el horror, tan altivo como desconsiderado, se presentó ante ella sin haber sido invitado. Aquellos tiempos felices ahora se le antojaban inalcanzables, demasiado lejanos. Y a su religioso modo de entender, mientras el diablo se adueñaba del paraíso, Dios, hierático en su trono, miraba con indolencia hacia otro lado. Inerme frente a las acometidas de un Rudolf empapado en lascivia, Sylwia constató la

imposibilidad de resucitar un pretérito que se hallaba muerto y enterrado, tan yerto como el futuro que se extendía ante el azul de sus ojos apocados.

Horas más tarde el alba atravesó los visillos de la ventana anunciando las bondades de un día soleado. Rudolf se despertó con un sabor acre bailándole en la boca. Se frotó los ojos, chasqueó la lengua un par de veces y abandonó el lecho en dirección al cuarto de baño. Cuando minutos después salió del excusado encontró a Sylwia vestida, sentada en el borde de la cama. Presa de la melancolía, todo en ella era laxitud, incluso sus pupilas garzas habían sido subyugadas por una suerte de tristeza arcana.

—Buenos días, cariño, ¿has dormido bien? —Preguntó Rudolf esbozando una sonrisa ladeada.

—He tenido pesadillas. Lo habitual de un tiempo a esta parte.

—No imaginas cuánto lamento escuchar eso. Se me ocurre una idea: no hay mejor forma de empezar el día que con una ducha revitalizante.

Rudolf se acercó a la cabecera de la cama y utilizó el tirador para llamar al servicio doméstico. En menos de un minuto los repolludos nudillos de Olga golpearon la puerta.

—Adelante —la voz de Rudolf sonó autoritaria.

La hoja de roble se abrió con galbana y bajo el umbral apareció la rolliza figura del ama de llaves.

—Buenos días, señor —saludó con gesto sumiso.

—Buenos días, Olga. Acompaña a la señora a la ducha y asegúrate de que se asea como Dios manda, ¿entendido?

—Descuide, señor; me encargaré personalmente.

Rudolf compuso una mueca piadosa, le acarició a Sylwia el cuello espigado y le besó la frente con la misma solemnidad con que lo hubiera hecho un padre. A renglón seguido el ama de llaves la tomó del brazo y la condujo fuera. Una vez a solas en su dormitorio, Rudolf le dio vueltas a la manivela de su gramófono Olympia de fabricación alemana, depositó con sumo cuidado la aguja sobre el disco de pizarra, acompañó los primeros compases de Lili Marleen con un suave movimiento de la mano y, fiel a su costumbre, se vistió tarareando la canción: Vor der Kaserne, vor dem großen Tor, stand eine Laterne, und steht sie noch Davor... Al acabar se miró al espejo y se dedicó a sí mismo un arrumaco. Rudolf Hoess era un presumido que se jactaba de lucir el uniforme como ningún otro oficial en Auschwitz, no en vano era el único que portaba una Cruz de Hierro en el pecho. Frotaba con los dedos las insignias

que le otorgaban el rango de Obersturmbannführer, cuatro cuentas de plata y una línea en el cuello izquierdo del uniforme de SS, cuando la seductora voz de Lale Andersen cantó la última estrofa de la canción: ...Werd' ich bei der Laterne steh'n wie Ernst, Lili Marleen.

Apenas Rudolf puso los pies fuera de su residencia vio venir al cabo Karl Fritz. El soldado, diligente en todos los aspectos, se cuadró frente a él y le dedicó el saludo fascista con el “¡Heil Hitler!” de rigor. Rudolf respondió levantando el brazo de manera desganada.

—Herr Kommandant, han llegado nuevas prisioneras.

—Veamos qué agradable sorpresa nos depara el día de hoy. Por cierto, acerca del gas que nos recomendó... ¿cómo se llama?

—Cianuro Zyclon B. Le aseguro herr kommandat que resulta mucho más eficaz en el despiojo de la ropa de los prisioneros, que los remedios utilizados hasta ahora.

—Pues me congratula informarle que Adolf Eichmann ha decidido probarlo en seres humanos, en concreto con nuestros prisioneros. La velocidad con la que en teoría el gas paraliza los pulmones librerá a las víctimas de padecer esa asfixia prolongada que nos hace perder tanto tiempo.

—Me alegra escuchar eso, herr commandant. ¿Sería usted tan amable de expresarle a Eichmann mi agradecimiento?

—Eichmann está tan lleno de sí mismo que dentro de él no queda espacio para nada más. Usted es un buen alemán; no se acerque demasiado a él, podría chamuscarse.

Rudolf Hoess y el cabo Fritz llegaron a los barracones femeninos y se detuvieron frente al número tres. Cincuenta y dos mujeres recién llegadas formaban a las puertas del albergue vestidas ya con el pijama de rayas. Con rostros afligidos y miradas desorientadas, escuchaban la perorata de bienvenida ofrecida por el oficial de turno, el cual finalizó su alocución con el lema que rezaba a la entrada del campo de exterminio: “...y tened siempre presente nuestra consigna: el trabajo os hará libres”. Rudolf repasó visualmente a las prisioneras con su adiestrada minuciosidad hasta que su mirada recaló en Janina Szymborska, prendado del cabello rubio y de los ojos cerúleos de la muchacha.

—Segunda fila, la cuarta por la izquierda. Que Olga la aleccione igual que a las anteriores.

—A sus órdenes, herr kommandant.

Esa misma noche, al filo de las siete, Rudolf entró en el salón ataviado igual que un dandy. Janina se hallaba sentada a un extremo de la mesa. Llevaba un vestido de noche color burdeos, con escote redondo y bordado con lentejuelas. La muchacha se puso en pie y Rudolf la miró de arriba abajo sin poder reprimir su entusiasmo.

—¡Dios santo, querida; esta noche te has superado! —Dijo cogiéndole las manos—. ¡Estás maravillosa!

Al poco ambos daban buena cuenta del sauerbraten, asado agridulce típico de la región de Renania.

—Me encanta la carne marinada —soltó Rudolf mientras masticaba un bocado que, a tenor de la expresión de su rostro, lo había arrobado.

—Hacía mucho tiempo que no comía nada tan delicioso —confesó Janina sin el menor atisbo de cortedad.

—Celebro que disfrutes de la comida, querida. Por cierto, he oído que Cracovia está preciosa en esta época del año, ¿te apetece que vayamos cuando mis obligaciones me lo permitan?

—Me encantaría.

—Pues dalo por hecho.

Rudolf desplegó su amplia y lisonjera sonrisa. Janina sintió cómo un escalofrío le serpenteó por la espalda al percibir que aquella mueca halagüeña escondía en su trastienda un infinito caudal de malicia.

# Wintertale



Obra ganadora  
XXII Premio de Narrativa Corta "Conte"  
Convocado por  
Excmo. Ayuntamiento del Puig de Santa María



Harry Baker no era un inspector de homicidios al uso. Su refinamiento y cortesía le habían granjeado la antipatía de buena parte de sus compañeros, colegas que de ordinario solían extralimitarse en el ejercicio de sus funciones, amparados en prerrogativas atávicas y patrimoniales. Y aunque el Departamento de Policía de los Ángeles tenía fama de violento, hacía más de dos años que el inspector Baker paseaba con orgullo la placa sin que hasta la fecha se hubiera visto obligado a desenfundar el arma en acto de servicio.

Sentado a su mesa de despacho, el inspector enterró la mirada en el informe que tenía abierto sobre la mesa. Al cabo de una hora se levantó para estirar las piernas y se acercó a una de las ventanas. Prendió un cigarrillo y observó el trajín de la ciudad. Apenas hacía unas semanas del fallecimiento de Marilyn Monroe y Los Ángeles todavía parecía una urbe dolorida y enlutada.

—¿Tiene un momento, inspector? —El agente Donovan le privó de sus etéreos pensamientos.

—Por supuesto.

—Hace días detuvimos a una anciana. La mujer, una indigente en toda regla, entró en una floristería y tomó tres rosas que obviamente no se podía permitir. La empleada del establecimiento se las arrebató de las manos y le exigió que abandonara el local. A continuación, según la versión de la agredida, la anciana se abalanzó sobre ella sin mediar palabra y le arañó el rostro con uñas largas y percutidas. La anciana no ha abierto la boca desde su arresto; sin embargo, al cotejar sus huellas hemos averiguado que se trata de Telma Blacksome. El expediente policial solo hace mención a su detención en un local clandestino en abril de 1929.

—No comprendo qué ha visto usted de especial en este caso.

—Telma Blacksome falleció el 29 de agosto de 1931.

Harry Baker observó a la anciana a través de los barrotes de la celda, apenas una sombra desvaída que se había quedado en el espíritu. El cabello cano desgredado le confería cierto aire de perturbada, expresión acentuada aún más si cabe por lo enjuto de su rostro. La piel apergaminada declaraba la malnutrición de la indigente y los andrajos que la cubrían estaban rematados por jirones y remiendos. La mujer permanecía sentada con la cabeza gacha, en compañía de dos afroamericanas pilladas in fraganti vendiendo marihuana. El encargado de los calabozos condujo a la detenida a la sala de interrogatorios y la ayudó a sentarse frente al inspector.